te que la suya. Guiado por un resto de piedad, David exclamó:

—Acuérdese V. de que es la casa de su marido, la de su hija, la que abandona por la de un extraño cualquiera.

Luisa no respondió, pero se detuvo; de tal suerte en aquella decisiva fase de su vida, la menos presión ejercida sobre su inquieto ánimo podia hacerla vacilar.

Herbelin continuó:

—Antes de que me abandone V. para siempre debo de ponerla al corriente de ciertas cosas: no tiene V. fortuna, pues su padre, que no tenía confianza en mí, hizo que nuestro matrimonio se verificase bajo el régimen dotal y con completa separación de bienes... Así pues, su escaso dote y la herencia de sus mayores es lo único con que puede contar si abandona V. á su hija... Reflexione un momento tan sólo antes de hacer tamaños sacrificios materiales por un hombre cuyas intenciones desconoce...

Ante esta insinuación, que fué á herir su pensamiento, atravesándole como una flecha, estremecióse Luisa con violencia, y volviéndose hacia su marido, le dijo con áspera voz:

—¿Qué dice usted?

Apercibióse David que iba ganando terreno, y tratando de aprovecharse de ello, afectó un aire glacial, diciendo:

—Sencillamente lo que va V. á oir: que la mayor parte de los hombres, si bien es verdad se muestran solícitos hasta la exageración hacia toda

mujer rica, halagando su vanidad y su egoísmo, pierden una gran parte, si no toda, de esa solicitud, tratándose de una mujer pobre, desde el punto en que estas últimas, no tan sólo no les proporcionan ventaja alguna sino que, por el contrario, les ponen á veces en embarazosa situación. No se acomoda el placer en el mezquino marco de un triste hogar, y es siempre el abandono la inmediata consecuencia producida por el descontento en el ánimo de un vividor burlado en sus esperanzas. Luisa, créame V. y no corra hacia la más segura desilusión: haciéndolo será desgraciada.

—Pues bien, dijo Luisa resueltamente, ese será el modo de que quede V. vengado.

—Sí; pero no es eso lo que yo quiero.

—¿Entonces, que es?

—Quiero defender á mi hija y salvarle á V. misma, respondió David juntando las manos en actitud suplicante. No se trata ya de mí, ni yo cuento para nada, pero escúcheme por favor y vea usted que al perderse sacrifica también á su hija... ¿Qué será de ella una vez que su madre haya partido, Dios sabe dónde, ni cómo hacerla saber tampoco tan terrible abandono? ¿Cómo explicarle por qué ni por quién? ¿No comprende V. que su corazón manará sangre y que la pureza de sus pensamientos se verá salpicada por el lodo de la infamia? No, no cometa ese crimen, pues la juro por mi honor que la primera falta que V. ha cometido nada significa al lado de la que piensa V. cometer. Puede una mujer engañar al marido, es infame, sí, pero se comprende; pero que una madre aban-

done á su hija, es imposible, es ir contra las leyes de la misma Naturaleza, y va, en fin, más allá de lo que marcan los límites de la razón!... La trataré á V. del mismo modo que si no hubiera cometido la más pequeña falta; en fin, en nuestra hija, en su hija de V. es en la que debe pensar y no en ese miserable que ha turbado su espíritu y cuya perniciosa influencia leo en este momento en sus ojos. Vamos, Luisa, un poco de dignidad y un poco de valor. ¿Será V. capaz de echarse de ese modo en brazos de un hombre, y sabe V. además, por ventura, si él la acojerá en ellos? ¡Loca, que no ve que llegaría á ser insoportable carga para él!... ¡Ah! conozco perfectamente el corazón humano y no tardará mucho en abandonarla!

Herbelin acababa de herirla en lo más vivo, así es que le contestó friamente:

—Eso lo veremos.

Al verla tan dura, tan sombría y tan rebelde, experimentó David un nuevo acceso de furor y cogiéndola por el brazo y arrojándola en medio de la habitación, exclamó:

—¡Miserable!... decididamente vale más que yo te mate antes de que nos deshonres á todos!

Ambos se miraron frente á frente durante algunos momentos, exhalando por sus ojos el aborrecimiento y la ira de que estaban poseídos. En el intervalo de algunos segundos, creyóse Luisa perdida para siempre al ver la terrible resolución de Daniel pintada en su rostro; pero éste se separó vivamente de su lado diciendo:

—¡Concluyamos! salga V. inmediatamente. Ese

será su mejor castigo, y por lo menos no habré sido yo quien se lo haya impuesto.

Luisa pasó ante él, abrió la puerta y penetró en sus habitaciones. Poseído de mortal agonía oyóla David abrir y cerrar cajones para tomar sin duda algunos objetos de su pertenencia; vió cómo atravesaba el vestíbulo, y un instante después la puerta de la calle se cerró pesadamente á su paso. Luisa acababa de desertar de su casa y abandonaba á su marido y á su hija por ir en busca de un amante.

David permaneció inmóvil algunos momentos y sin escuchar otra cosa que el silencio. Pareciale que se desgajaba una parte de su ser y que éste se paralizaba bruscamente. Miró, sin embargo, en torno suyo y se cercioró de que aquel salón era el que él estaba acostumbrado á habitar, pero se había verificado allí un cambio tan terrible que apenas si lo reconocía. La que lo animaba con su presencia había desaparecido.

Creía soñar y se decía á sí mismo que no era posible que aquella ausencia fuese definitiva. ¡Sí, murmuraba; ella reflexionará y no tardará seguramente en volver. Se calmará su espíritu y no persistirá en su fatal resolución cuando claramente aparezcan ante sus ojos las ventajas de la conciliación que la he propuesto... Tiene un carácter altanero y quizás he obrado mal al tratarla tan duramente, haciendo de ese modo más difícil su vuelta. Sí; era necesario no haberla humillado tanto y haber, por el contrario, dejado un resquicio que la facilitase nuevamente la entrada...

¡Dios mio, si no volviese!... ¡Si ese miserable que la ha arrastrado hacia el mal pretendiese robárnosla para siempre!... ¡Soy un insensato; con mis estupendas y desdeñosas teorías, ni siquiera sé quien es ese hombre, ni á dónde debo ir á buscarle!... Cendrin me lo hubiera nombrado ayer noche si yo hubiese querido, y fuí tan imbécil que por echármelas de espíritu elevado no insistí en conocerle.

Por una extraña retroacción, presentáronse en un instante á su mente las ideas emitidas por su amigo la noche anterior, y pudo compararlas con las que él mismo había desarrollado ante Luisa momentos antes, y resultaban idénticas, es decir, llenas de mansedumbre y de perdón hacia la madre con objeto de salvar del abandono á la hija. ¡Bonito y admirable resultado habían dado las tales doctrinas! Nada le había concedido su mujer de cuanto él la pidiera, y es muy posible, además, que al verle tan rendido y tan prudente hubiese concebido hacia él irremediable desprecio... Luisa habría quizás aborrecido á un marido implacable y brutal, pero seguramente le hubiera respetado. ¿Qué podía esperarse de un pobre hombre que con las manos juntas balbuceaba humildes súplicas? Tan sólo risa debía infundir. En suma, había resultado un Dandin debiendo de haber sido un Otello.

Al hacer todas las anteriores consideraciones, el furor de David no reconoció límites: halló que su indulgencia había rayado en lo grotesco y que debía haber dado muerte al amante y á la querida. De

ese modo, la sangre vertida hubiera lavado la mancha de su deshonor. Figuróse á Luisa ya en casa de aquel en cuya busca había ido, referirle, estrechándole entre sus brazos, el desenlace de la aventura y burlándose del beatísimo marido que le había abierto la puerta para que pudiera escapar con más facilidad... Al llegar aquí, los dientes de David rechinaron con fuerza y exhaló á gritos en medio de la soledad de aquel salón la dolorosa agonía moral que le devoraba. Injurióse á sí propio, y de repente y en medio de las profundas tinieblas en que vagaba su atribulado espíritu, surgió un punto luminoso, y en su centro la angelical y sonriente imagen de su hija, que aproximándose poco á poco hasta donde él estaba, parecióle que murmuraba á su oído: No, padre mío, no has hecho mal al ser indulgente; te ha impulsado á ello el acendrado amor que me profesas. No, no tan sólo no has rayado en lo grotesco, sino que has llegado á lo sublime, pobre padre mío, pues en los momentos más agitados de tu vida, sólo has tenido presente el interés de tu hija. Recobra pues la calma y la tranquilidad, y si somos tan desgraciados que aquella que debiera compartir nuestra existencia, nos abandona, estrechémonos uno y otro con más fuerza que nunca para llenar el oasis de su ausencia. Tú me amarás por los dos, y mi veneración hacia tí no tendrá límites al recordar que por mí has tenido la generosidad de perdonarla.

Ante aquella consoladora visión que le anunciaba lo que podía aguardar del porvenir, sintió David desvanecerse toda su cólera, y la seguridad de

haber obrado como debía tranquilizó no poco su razón. Respiró con fuerza cual si acabase de salir de un profundo delirio y postrado por el cansancio, aunque relativamente tranquilo, tuvo la necesaria fuerza para pensar en las medidas que debía tomar, con objeto de ocultar, siquiera por aquel día, la ausencia de su mujer. Necesitaba ante todo dar un pretexto cualquiera á Cecilia y pensando en él, dirigióse al aposento de su hija, prefiriendo tomar la iniciativa de una explicación ante el temor de no poder ocultar su turbación al hacerle aquélla, inesperadas preguntas.

Siguió un corredor y penetró en el gabinete de estudio, en el que Cecilia se encontraba á aquella hora todas las mañanas en compañía de su institutriz. Abrió la puerta y vió á la joven inclinada sobre la mesa, escribiendo con gran atención, en tanto que la señorita Pellegrin se ocupaba en bordar en un bastidor cerca de la ventana. Al ver á David, levantóse Cecilia apresuradamente y rodeando con sus brazos el cuello de su padre le dijo:

—¡Qué contenta estoy con que hayas venido á verme! Has hecho divinamente, porque estoy aquí dando vueltas á una lección de botánica que me está sacando de quicio... ¿Tú que lo sabes todo, no podrías decirme, que es lo que quiere decir en substancia el sistema Candolle?

Herbelin contestó sonriendo:

—Es el sistema de las descendencias... Un poco antiguo por cierto; el sistema de Hooker y Bentham es mucho más moderno... Pero no tengo tiempo de explicarte ahora todo eso: esta tarde si quieres. He

venido tan solo para decirte que tu madre ha salido desde esta mañana y que probablemente no habrá vuelto todavía á la hora de comer, á causa de una venta pública de caridad, y como quiera que también se vende por la noche, es muy posible que se quede con las señoras, protectoras de esa obra benéfica.

—¿De modo, que va á estar todo el día fuera de casa? preguntó tristemente Cecilia. ¿Pero tú no me dejarás sola, no es verdad?

—No, hijita mía, respondió David con voz un tanto agitada. Hoy y siempre, sabes que puedes contar conmigo.

—Eso está muy bien. Entonces, me explicarás algo sobre Candolle?

—Sí, sobre Candolle, y Jussieu y Linneo. ¿Quiéres más?

Cecilia le beso repetidas veces con ternura y Herbelin la devolvió aquellos besos con una efusión casi nerviosa, apresurándose después á abandonar la estancia, pues sentía que las lágrimas acudían á sus ojos.

Luisa, una vez fuera de su casa, había errado á la ventura llevando en su mano un saco de cuero que contenía sus alhajas y el dinero que poseía. Había pensado en asegurar aquellos recursos, que aunque encerrados en tan pequeño espacio representaban un gran valor, pues con ellos podía vivir seguramente dos años sin privarse de nada y sin tener que estar á expensas de nadie. Llegado que hubo á la plaza de Eylau, reflexionó que no debía ir á pie por más tiempo sin correr el riesgo de en-

contrarse con alguna persona conocida que la detuviese é interrogara á su paso y deteniéndose ante una parada de coches, subió en uno de éstos, haciéndose conducir al hotel Continental. Creía que en aquel inmenso albergue, verdadero dédalo de pasillos, escaleras y ascensores, se hallaría más segura que en ninguna otra parte, hasta tanto que llegase á tomar una decisiva determinación. Se apeó del coche en la calle Castiglione, pagó al cochero y entrando en el hotel por la puerta de la calle de Rívoli con el tranquilo continente de una persona que va de visitas, llegó hasta el despacho del gerente y pidió una habitación.

—Mi equipaje llegará en todo el día de hoy: en este saco están encerradas mis alhajas y algunos valores, que ruego á usted guarde en su caja.

Antes de entregar el saco, tomó de él algunos billetes de banco y se hizo inscribir en el libro registro, bajo el nombre de: señora Lebarbier, de Lyón. Después, precedida de un mayordomo, encargado de hacerla ver las habitaciones que había disponibles, eligió en el tercer piso una de aquéllas, compuesta de un salón y una alcoba cuyos balcones daban frente al jardín de las Tullerías. Ya sola, abrió uno de los balcones y apoyándose en la barandilla, esparció la mirada en torno suyo y respiró con deliciosa libertad el aire tibio y embalsamado de la mañana. Pareciale que salía de una prisión, que gozaba de su primera hora de libertad, y que el azul del cielo, las espesas hojas agitadas por el céfiro y el gorgeo de los pájaros posados en las ramas de los copudos árboles, tenían una pureza

y exhalaban una ternura desconocida hasta entonces para ella. Ni una sola vez cruzó por su pensamiento la idea de los desgraciados seres que dejaba tras sí. Hallábase por fin, en una de esas horas en que la razón desaparece por completo y en que las criaturas obran entregadas á su propio instinto.

El reloj de su aposento al dar las doce la hizo salir de su éxtasis y observar que el tiempo transcurría como siempre. Sentóse cerca de la mesa que ocupaba el centro del salón, y abriendo un cartapacio sacó una hoja de papel sobre la que escribió las siguientes líneas:

«Querido Daniel, ven sin perder instante al hotel »Continental: pregunta por la habitación de la se»ñora Lebarbier.—Luisa».

Cerró la carta, escribió las señas en el sobre y llamó. Un momento después, entró una doncella y Luisa la dijo entregándole el billete:

— Que lleven inmediatamente esta carta, y si no se hallase en su casa la persona á quien va dirigida que vayan á buscarle donde se encuentre.

—Está muy bien.—¿No almuerza la señora?

—Que me suban té y unos emparedados.

Durante dos horas vivió Luisa como sumergida en una especie de lúcido sueño, durante el cual, su inconsciente imaginación la condujo hasta los dominios de la más acabada fantasía. Volvió por fin á la realidad de las cosas al abrirse la puerta de su aposento, en cuyo dintel apareció el marqués de Condottier.

—¡Cuanto te agradezco, Daniel, el haber venido

tan pronto! Dijo Luisa dirigiéndose hacia él con los brazos extendidos.

—No me hallaba en casa y han tenido que buscarme; de otro modo ya estaría aquí hace rato. Pero sepamos ante todo qué es lo que sucede. Tu carta me ha alarmado en extremo. ¿Se ha presentado alguna otra nueva complicación?

Hablaba Daniel con la prudente tranquilidad de un hombre á quien nadie asusta y que no quiere tampoco dar un paso en falso. Sus miradas escudriñaron el salón para ver si hallaba algún indicio que le hiciera comprender algo de aquella situación, que presumía era grave. Luisa no le hizo languidecer mucho tiempo y atacó de frente la cuestión, diciendo:

—Momentos después de separarme de tí, he tenido una explicación decisiva con mi marido. Entre ambos la ruptura es completa é irremediable, y he abandonado su casa para no volver á ella jamás.

Daniel cogió la mano que Luisa le tendía y besándola con más galantería que cariño, le respondió:

—Creo no habrás dudado un momento del amor que te profeso... Sabes que te amo profundamente y que me hallo dispuesto á todo género de sacrificios para probarlo así.

Luisa le mostró su agradecimiento estrechando la mano de Daniel entre la suya. Después le condujo hasta el canapé, donde le hizo sentar á su lado.

—Es una hospitalidad bien triste la que hoy

te ofrezco, pero mañana todo habrá cambiado.

—¡Qué importa eso! dijo Condottier, lo esencial para mí es verte, tenerte á mi lado. Tu presencia embellece todo aquello que te rodea... Pero, vamos á ver, hablemos seriamente, las circunstancias así lo exigen. Deseo saber en primer término qué es lo que ha sucedido y cuáles son tus proyectos; al abandonarte á mí, tu misma confianza me proporciona una especie de autoridad moral sobre tus acciones... Debo velar por tu seguridad... Así, pues, contéstame: ¿Qué esperas, qué temes y cuáles son tus esperanzas?...

—Nada espero, nada temo y abrigo toda clase de esperanzas, querido Daniel, si tú me perteneces por completo.

—Preciso es hacerte la justicia, dijo Daniel riéndose, de que tus explicaciones son tan claras, que no dan lugar al equívoco. ¡Qué mujer, Dios mío! Nada hay que se te oponga. Sin embargo, querida Luisa, ¿estás segura de haber reflexionado lo bastante, antes de llevar á cabo un acto tan grave como éste?

—Debí reflexionar el día mismo en que fui tuya, dijo Luisa con febril entonación, pues data de entonces mi locura; pero en los momentos actuales lo más prudente, lo más leal y lo más digno que me resta hacer, es regularizar en lo posible lo irregular de mi situación. Me repugnaba el engaño, la doble posesión me producía inexplicables náuseas, y el cuotidiano mentir iba haciéndose, por último, imposible para mí. Me encuentro hoy

menos culpable, menos degradada que ayer, al no engañar la buena fe de nadie con falsas apariencias de rectitud y de honradez. Podré ser pasto de la crítica de las gentes por haber recobrado mi libertad, pero al menos no me entregaré como hasta aquí á mi propio desprecio.

—¡Ah! cuán encantadora locura la tuya! respondió Condottier con dulce acento, atrayéndola hacia sí y rozando con su sedoso bigote los negros ojos de Luisa, que se estremeció de placer al contacto del joven.

—Tienes una manera de arreglar las cosas, continuó el marqués, que aunque exclusivamente tuya, no es ciertamente de lo más razonable. Mi deber, como amigo cariñoso y sincero es decírtelo así. Te preocupas en demasía de tu propia estima, sin preocuparte para nada de conservar la de los demás, lo cual sería mucho mejor. No vivimos en una isla desierta, querida Luisa; nos hallamos por el contrario rodeados de gentes, á las que es preciso no olvidar, y que no tendrán, sin duda alguna, la indulgencia que tú misma tienes, para esa franqueza de que blasonas. No se deben romper lanzas con la sociedad... Y, cuanto más falsa sea la situación, se debe de tener tanto más cuidado en no herir la pública opinión... Sí, ya veo que haces gestos negativos y que crees que te hablo como pudiera hacerlo un viejo sabio y prudente... Es muy posible que tu marido te haya dicho otro tanto, lo cual no me sorprendería, porque no le sería posible defender su propia causa sin apoyarse en los mismos argumentos en que yo me apoyo... Es, en una palabra, el mismo tema, desarrollado de la misma exacta manera.

—Puedes decir cuanto quieras, dijo Luisa moviendo melancólicamente la cabeza. No llegarás á convencerme.

—No trato de convencerte, dijo Condottier, pero sí de iluminar tu razón. Es para mí un deber de conciencia, pues no quiero que puedas decir dentro de seis meses, ó de seis semanas: ¡Ah! ¡si yo hubiera sabido lo que iba á acontecer!... No; quiero yo decírtelo antes, y al hacerlo así, te doy una indudable prueba de cariño, pues tengo que combatir en este momento con mis propios deseos para probarte que tengo razón, y una vez probado, quizás te alejes de mí.

—No temas eso, Daniel; te amaré más, por el contrario, pues ya no hay más que tu voluntad ó la mía que puedan separarnos.

—La tuya tan sólo, amada Luisa, pues desde el momento en que una mujer hace un sacrificio tan completo como el que tú pretendes llevar á cabo, el hombre objeto de ese sacrificio la pertenece por completo.

—¿Para qué, entonces, todos esos razonamientos? dijo Luisa, dirigiéndole una acariciadora mirada. Nadie ni nada se opone ya á que seamos felices sin el menor obstáculo.

—¿Así, pues, no quieres oir mis consejos?

—No, prefiero mil veces tus caricias.

Daniel no se lo hizo repetir, y durante brevísimo instante dieron al olvido, ella sus tristes recuerdos y él su inquieta curiosidad.

—Puedes pensar, dijo Luisa apoyando su cabeza sobre el hombro de Daniel, que no abrigo la intención de permanecer largo tiempo en este tabuco... Desde mañana mismo voy á ponerme en busca de un hotel en el barrio de los Campos Elíseos, y una vez encontrado, allí me instalo... ¿Tú me ayudarás á buscar, no es cierto?

—Bueno, pues que así lo deseas... Pero, dime, ¿has derivado el Páctolo?

—¡Oh! dijo Luisa con acento de gozo. ¡Tengo mucho dinero! cien mil francos líquidos y además mis joyas que valen mucho. Con todo eso podré muy bien tirar un año... Después... después estoy tranquila, mi marido no permitirá que carezca de lo necesario...

—¡Eh, que sé yo! dijo secamente Condottier. No es seguro, pues si te ama, lo más probable es que te corte los víveres para obligarte á volver á su casa.

—El no es capaz de eso; te repito que no querrá que yo esté en una situación angustiosa, pero volver á verme, jamás. Es una verdadera desgracia que yo no haya amado nunca á David, pero no por eso dejo de apreciar su carácter en lo que vale.

El marqués dijo entonces con forzada sonrisa:

—¿Por ventura estamos aquí para celebrar sus virtudes?

—Lo mejor que podemos hacer, replicó Luisa, es no volver á hablar de él.

—Esa es mi opinión, dijo Condottier con aire pensativo; y añadió después de dar algunos pasos por la estancia:

—¿De modo que has venido hasta aquí sin titubear y con toda tu fortuna bajo el brazo, como el filósofo griego?... ¿Presumo que aguardarás también tus baules?...

—No, no aguardo nada. Todo cuanto he traído estaba al alcance de mi mano; de no haber sido así, también lo hubiera abandonado. No tengo más que el vestido que llevo puesto.

—¿Y qué vas á hacer?

—Ir dentro de unos instantes á los almacenes del Louvre y comprarme todo lo que necesite. Como me corre mucha prisa, todo lo compraré hecho. No quiero dirigirme á mis habituales proveedores, porque sería lo mismo que anunciar de repente á todo París lo que sucede...

—Ya ves, dijo Daniel, como desde los primeros momentos se ponen de manifiesto los inconvenientes de tu situación.

—Así lo esperaba, y no ignoro, además, que van á hacerme blanco de sus murmuraciones todos los desocupados de París... Bien es verdad que no pienso permanecer en él durante los primeros meses; con eso daré también tiempo á los obreros para que decoren y amueblen mi nueva morada. Deseo viajar... ver tierras y países que no conozco y que no he podido nunca visitar á causa de los dichosos negocios... ¡Pero lo que es ahora!...

Luisa se aproximó entonces á Condottier y continuó, apoyando el brazo sobre su hombro:

—¡Qué placer sería para mí, Daniel mío, poder recorrer contigo toda Italia!... ¡Ambos libres y dueños uno de otro!...

Pero como advirtiera que el joven plegaba ligeramente el ceño, se apresuró á decir:

—¡Tan sólo durante algunas semanas!... ¡Serían las más dulces, las más felices de mi vida!... ¿No es verdad que no te negarás á ese deseo?

El marqués, que había adoptado una actitud bastante fría, mordióse ligeramente los labios y dijo haciendo un verdadero esfuerzo:

—Seguramente que no.

El tono de aquella respuesta era tan distinta de lo que ella esperaba, que á pesar de haber puesto su voluntad en condiciones de no ver más que el lado bueno de su nueva situación, sintió Luisa que un ligero sudor invadía todo su cuerpo, y que su corazón se oprimia hasta el punto de producirla una especie de vértigo, durante el cual no vió más que sombras en torno suyo. Por vez primera la duda había penetrado en su alma, pero como quiera que se hallaba dotada de singular energía, en vez de cerrar los ojos á la evidencia los abrió cuanto pudo, con objeto de asesorarse de la verdad. Las palabras pronunciadas por su marido acudieron entonces á su mente, y preguntóse presa del mayor sobresalto si podría ser ya importuna á Daniel. Veíale distraído, sombrío y pensando, quizás, en cosas que no la quería decir, y sin embargo, apenas si había transcurrido una hora desde el momento en que ella le anunciara que se entregaba para siempre á él. Quiso, pues, conocer el fondo de aquel turbado pensamiento y se aprestó á llevar á cabo su empresa.

—Te estaré tanto más reconocida por consagrarme el tiempo que te he pedido, dijo mirándole con fijeza, cuanto que sé es para tí uno de los más preciosos... Sí, porque precisamente este es el mejor momento de las carreras, en las que sin duda alguna hubieras brillado... ¡Pobre Daniel!... ¿No lo echarás de menos, di?

A pesar del descontento que no podía ocultar, respondió Daniel:

—¿Qué mérito sería el mío si no te sacrificase nada?

—¿Pero qué va á decir el barón de Rheinsfeld, ó mejor dicho, qué va á hacer al verse privado de su mejor consejero?

—Pues nada, que se quejará amargamente y perderá mucho dinero, pero en cambio tú estarás satisfecha y eso es lo que importa.

El reconcentrado acento con que Condottier pronunció aquellas palabras, desmentía la cariñosa dulzura que en vano había tratado de darlas. Era, por otra parte muy dueño de sí mismo, á la par que perfectamente educado, para no contestar con galantería, pero la irritación que se iba apoderando poco á poco de él, al ver que así se disponía de su persona, era demasiado evidente ante los investigadores ojos de Luisa, que tembló á impulsos de la desesperación, y tuvo el presentimiento de una catástrofe en la cual iba á naufragar su existencia toda. Levantóse ante ella el espectro del abandono y el Daniel tierno, generoso y caballeresco que adoraba y en el cual había depositado su confianza hasta el punto de abandonarlo todo por él, tornóse de repente en otro Daniel, egoísta, seco é